

Intervención de D.^a ESPERANZA AGUIRRE GIL DE BIEDMA, *Presidenta del Senado de España*

Desde el 6 de mayo pasado, cuando fue brutalmente asesinado, todos los españoles tenemos una inmensa deuda de gratitud con Manuel Giménez Abad.

Como la tenemos con todas las víctimas de ese azote de la sinrazón y de la infamia que es el terrorismo.

Cuando los terroristas siembran la muerte y el dolor en nuestra sociedad, lo que hacen es mostrar nítidamente su incompatibilidad con la libertad, con la democracia y con el Estado de Derecho.

Por eso, todas las víctimas de su terror ciego y miserable lo son en nombre de esos principios en los que se sustenta nuestra convivencia. Todas, absolutamente todas las víctimas lo han sido, aunque no lo supieran, por defender nuestras libertades.

De ahí que toda la sociedad tenga la obligación ineludible de honrar la memoria de las víctimas, defender los principios por los que han dado su vida y permanecer fuertemente unida contra los asesinos y sus cómplices.

Pero si tenemos para siempre una deuda con todas las víctimas del terrorismo, esa deuda se hace mayor cuando la víctima es alguien que ha sido elegido por sus conciudadanos para representarles en las Instituciones políticas desde las que se ordena y organiza nuestra vida en común. Y ése es el caso de nuestro amigo asesinado, Manuel Giménez Abad, senador del Partido Popular por la Comunidad Autónoma de Aragón.

Todos los españoles, cuando en nuestra vida cotidiana ejercemos en plenitud todos nuestros derechos, cuando usamos nuestra libertad, tenemos que saber que esa libertad y ese ejercicio de nuestros derechos se los debemos en parte a los que, como Manuel Giménez Abad, han dado su vida por defender esos valores que nos permiten ser ciudadanos libres.

Por eso, creo que actos como éste en el que las Cortes de Aragón rinden un homenaje a su memoria son una justa manifestación de agradecimiento a su vida y al sacrificio de su muerte.

Ésta es una buena ocasión para recordar con emoción y gratitud al jurista, al funcionario, al político Manuel Giménez Abad, pero, sobre todo, al amigo, al hombre de bien y al servidor de la sociedad que siempre fue.

Permítanme que, aunque sea brevemente, evoque su figura.

Brillante estudiante de Derecho, pronto ingresó, antes de cumplir los veinticuatro años y tras duras oposiciones, en el prestigioso Cuerpo de Técnicos de la Administración Civil del Estado. Así daba forma a su vocación de servicio a la sociedad. Podría haber elegido una salida profesional que le reportara mayores beneficios económicos, gracias a su sólida preparación jurídica y capacidad dialéctica. Pero prefirió, generosamente, poner sus capacidades al servicio de los intereses generales, primero en la Administración del Estado y después en la Comunidad Autónoma de Aragón, donde sirvió como Secretario General Técnico de la Consejería de Presidencia y, tras difíciles oposiciones, como Letrado de las Cortes de Aragón.

En estas Cortes de Aragón me consta que Manuel Giménez Abad trabajó siempre con ilusión, con entusiasmo y con el rigor jurídico que le caracterizaba. Aquí fue Letrado Mayor desde 1986 hasta 1995. Y la obra que hoy se presenta es otro testimonio más de su dedicación al estudio de las Instituciones públicas aragonesas.

Por su extraordinaria preparación jurídica y administrativa, por su reconocida capacidad de diálogo y por su acrisolada honradez, Santiago Lanzuela, al formar Gobierno después del triunfo del PP en las elecciones autonómicas de 1995, le ofreció ser Consejero de Presidencia. Otra vez, su sentido del deber le llevó a aceptar esa responsabilidad, desde la que trabajó aún más por el progreso y la prosperidad de todos los aragoneses.

Antes de dar por terminada su gestión en la Consejería, Manuel Giménez Abad tomó la decisión de afiliarse al Partido Popular. Pensó que, después de veintiséis años de servicio público en puestos de administración y de gestión, había llegado la hora de poner su experiencia y todas sus cualidades humanas y profesionales al servicio del proyecto reformista y liberal del Partido Popular.

En las elecciones autonómicas de 1999 fue elegido diputado de las Cortes de Aragón por el Partido Popular y, poco después, sus compañeros del Partido lo eligieron Presidente regional del PP.

Ese mismo año, las Cortes de Aragón le designaron para representar a esa Comunidad en el Senado de España. Allí, durante dos años escasos, todos los que trabajamos en la Alta Cámara hemos tenido la oportunidad de conocer y de apreciar de forma directa sus extraordinarias cualidades como hombre de leyes, como fácil y brillante orador, como político serio, maduro y honrado, y como persona de bien.

La biografía de Manuel Giménez Abad es un modelo de cómo, paso a paso, un hombre bueno, honesto, trabajador y dominado por una acendrada vocación de servicio va aceptando los compromisos a trabajar por los demás que se le presentan, y cómo estos compromisos le llevan hasta llegar al sacrificio de su vida. Todos los ciudadanos aragoneses y españoles tenemos que saber que, desde su asesinato, la libertad de que gozamos en nuestra vida cotidiana y en nuestra vida política tiene una deuda con Manuel Giménez Abad. Y no sólo con él, también con su mujer, con sus hijos, con sus padres y con todos los que han sacrificado sus vidas por nuestra libertad.

Conocer a Manuel Giménez Abad ha sido para mí un honor, como lo ha sido conocer a su mujer y a sus hijos. Hombres como él son un ejemplo para todos los que pretendemos trabajar por el bien común de todos los españoles.

Sus asesinos, sus cómplices, los que pretenden aprovecharse del terror y los que aún creen que junto a los terroristas pueden compartir un proyecto común, tienen que saber que la distancia moral que nos separa es tan grande que sus asesinatos, sus crímenes, sus desafueros y sus mentiras sólo sirven para demostrar a todo el mundo la grandeza con que saben sacrificarse los mejores españoles y la vileza de esos miserables.

Señoras y señores, todos los que hemos conocido a Manuel Giménez Abad, todos los que hemos compartido con él su fe en la libertad, tenemos la obligación de honrar su memoria y de seguir luchando por los ideales a los que él entregó su vida.

Al recordar su ejemplo y al acompañar con nuestro apoyo y nuestro cariño a su mujer, a sus hijos y a sus amigos, estamos cumpliendo con un deber inexcusable, desde luego. Pero, además, estamos dando testimonio de nuestro compromiso radical con la democracia, con el Estado de Derecho y con la libertad.

Estamos seguros de que el ejemplo de Manuel Giménez Abad siempre permanecerá con nosotros y nos ayudará en nuestro empeño.

Muchas gracias.